

Bibliografía

NIHILISMO Y SUBVERSION EN LA CIENCIA

Hilary Rose y Steven Rose (eds.), *The Radicalisation of Science*, Macmillan, Londres, 1976, 205 páginas.

¿Puede gestarse ciencia en todas las culturas? ¿Es el “espíritu científico” una condición que se encuentra, vívida o latente, en todas las épocas? ¿Hay distintas formas de hacer ciencia? ¿Es siempre un producto de las clases medias? ¿Pueden sustituirse los fundamentos clásicos (militares, económicos, políticos) de la ciencia? En suma, ¿representan ciencia y humanismo términos irreconciliables?

Estas no son preguntas triviales. Cualquier respuesta tiene graves consecuencias, como lo indica la experiencia histórica. Existieron tiempos y sociedades en los que se consiguió un rápido progreso económico, sin correspondencia con innovaciones científicas. Por otra parte, es posible lograr un desarrollo científico apreciable sin reducir en un ápice la dependencia secular. Una ciencia sin industrialización no es una perspectiva remota para varios países en desarrollo.

En otras palabras, si la ciencia es un fenómeno histórico o culturalmente único; si existe o es imaginable un sólo módulo de quehacer científico; y si éste debe estar necesariamente acompañado por una serie rígida y unidireccional de resultados, entonces las perspectivas de una actividad científica autosostenida y socialmente significativa son, en las naciones en desarrollo al menos, hartamente modestas. De aquí que la búsqueda de atajos, de posibilidades funcionales, de nuevas correlaciones culturales, se justifica no sólo intelectualmente; es un prerrequisito de la estructuración de las instituciones científicas en ese tipo de países.

El libro de los Rose aborda estas cuestiones. Sin remilgos superficiales plantean en la introducción los componentes de una crítica radical: “¿De quién es la ciencia? ¿Quién paga por ella? ¿Quién se beneficia de ella?”. Estos son los puntos de arranque. Es una crítica desde adentro, que se inspira sin embargo en ideologías marxistas, socialdemócratas y populistas en boga en Occidente. Los efectos contraproducentes de la ciencia, tanto en las economías industriales

como en las subdesarrolladas, ofrecen elementos empíricos para esta revisión. Los Rose sugieren que el término “comunidad científica” —al igual que el de “interés nacional”— disimula una considerable fragmentación interna entre los hombres de ciencia. Según los editores de este libro, hay expresiones de proletarización, de elitismo, de enajenación e incluso de machismo que quedan en la penumbra. Tal comunidad no se atreve a revelarlas a fin de preservar la supuesta universalidad y el carácter equitativo de la ciencia moderna.

Sin embargo, el juego debe cesar, según los Rose y los diferentes aportes reunidos en la obra. La sociología y la política de la ciencia han propagado mitos que en estos momentos están disolviendo los impulsos humanistas que movieron originalmente esta actividad. Y entre esos mitos existen dos que merecen particular escrutinio: el liberal, que ha trazado nexos simples y mecanicistas entre ciencia y autonomía política; y el marxista, que pretende correlaciones necesarias entre la ciencia y el control ideológico-burocrático. Los autores parecen inclinarse así hacia la Escuela de Frankfurt, en especial hacia los trabajos de Habermas; para dicha escuela la racionalidad científica es indefectiblemente opresiva; este resultado sólo puede alterarse si cambian los signos de partida.

El libro comentado es un modelo de autocrítica. Lewontin y Levins, por ejemplo, en un extenso artículo sobre el caso Lisenko, explican el trasfondo circunstancial e ideológico que hizo posible este descalabro. A pesar de que abrigan simpatías por la experiencia soviética, ambos autores apuntan los excesos burocráticos y las fisuras que se han producido en el interior de la comunidad científica soviética. El resultado ha sido una experiencia aleccionadora: fijó límites y estilos a la intervención de la ideología en los asuntos científicos.

Monique Couture-Cherki (física) y Liliane Stéhelin (socióloga) contribuyen con sendos artículos para demostrar los ribetes machistas de la organización científica. La exclusión de la mujer, o su marginación en tareas subalternas, no es un accidente. La expectativa de que, si quiere ser “persona de ciencia”, debe renunciar a sus papeles femeninos, les parece infundada y repudiable. Los hombres —dicen— han creado un código de trabajo científico unilateral; de ninguna manera tiene carácter universal. Ellos han inventado una figura

femenina que asume tareas insoslayables (“lava platos, cuida a los niños, compra alimentos, administra el hogar”), que parecen ser incompatibles con la vocación científica. La mujer que, o defrauda esta vocación, o se “desfeminiza” para obtenerla, naturalmente confirma este veredicto masculino.

Couture-Cherki y Stéhelin no se contentan con la reclamación apasionada. Exponen pruebas de una discriminación sistemática en contra de la mujer. Por ejemplo, una afamada institución francesa (la Ecole Polytechnique) aceptó la primera mujer apenas en 1972, casi 80 años después de su establecimiento. Asimismo, la Ecole de Physique et Chimie reclutó la primera en 1971, después de una espera de 40 años. Y todo esto en la Francia posrevolucionaria y universalista. . .

Sam Anderson, otro contribuyente a esta obra, plantea las reclamaciones de los negros. También éstos, tanto en Africa como en Estados Unidos, han sido marginados sistemáticamente por la organización de la ciencia, según Anderson. Postula que el negocio de esclavos, el colonialismo y el imperialismo han inhibido el aporte de los negros. La tendencia parece perpetuarse, pues, según Anderson, la ciencia es de hecho un instrumento de dominio de “las transnacionales blancas” mediante la difusión de formas burguesas de consumo y el ofrecimiento de bienes obsoletos o triviales. Estas organizaciones, con apoyo en la ciencia, están sofocando la revuelta de los marginados. Concluye con un llamado a “la confianza en sí mismos” (*self-reliance*) que en este contexto debe traducirse en un inventario pormenorizado de los recursos naturales y sociales disponibles, como un paso hacia el control público de los mismos.

El físico francés Jean Marc Levy-Léblond estudia el problema de la ideología en la ciencia moderna. La considera no sólo inevitable, sino también deseable: en rigor, hay tantos métodos científicos como epistemologías, y cada una de éstas se inspira en un conjunto distintivo de valores y emociones. La ideología siempre debe ser explícita; de lo contrario, confunde y tergiversa. Levy-Léblond critica en particular los componentes burgueses de la ciencia; destaca las orientaciones que involucra, los usos que fomenta y los valores que sostiene. Más aún, anota que las cualidades que suelen atribuirse a los hombres de ciencia (“competencia”, “objetividad”) tienen sabor elitista; una sociedad igualitaria habrá de rechazarlas. Descarta, por añadidura, los rasgos jerárquicos que caracterizan el trabajo científico.

El ensayo que pertenece al conocido sinólogo Joseph Needham es probablemente uno de los más luminosos. Encara el problema de los valores que facilitan y legitiman la acumulación científica y encuentra en la cultura china un marco adecuado de los mismos. Objeta que el espíritu científico sea propiedad o creación original de Occidente, aunque en éste ha alcanzado niveles considerables. En contraste con la civilización judeo-greco-cristiana que postuló un dualismo entre razón y sentimiento, entre sujeto y objeto, entre hombre y naturaleza, la cultura china —según Needham— sugiere que la experiencia científica es sólo una, y no necesariamente la más noble, de las manifestaciones de la condición humana. Desde este punto de vista se entenderá que la inmersión en China puede conducir a una recuperación del equilibrio cognoscitivo y emocional que el cultivo

unilateral de la ciencia, propio de Occidente, ha estropeado. Ni como epistemología ni como práctica social existe una ciencia. Se presenta más bien una pluralidad de ángulos y estilos que puede enriquecerse con la síntesis —“la ocumenogénesis”— entre Oriente y Occidente.

En suma, los textos reunidos por los Rose ofrecen un contrapeso a los planteamientos excesivamente ortodoxos sobre la matriz social y política de la ciencia moderna. Parecen existir, en verdad, otras modalidades diferentes a las que hoy dominan el quehacer científico. Y hay bases, empíricas e intelectuales, para una crítica profunda a las mitologías y a las realidades gestadas por ese quehacer.

Ciertamente, el libro tiene flaquezas. Con frecuencia los diferentes autores recurren a enunciados populistas y hasta demagógicos. De los abusos y excesos de la sociedad moderna no sólo la ciencia es responsable; quizá la raíz del mal está en causas relativamente independientes de la misma. Cuando mucho, aplicaciones de la ciencia han extendido y facilitado desequilibrios generalizados; pero el autor intelectual de ellos no es por fuerza la comunidad científica. Por otra parte, las críticas al Occidente capitalista que “ha fomentado unilateralmente el espíritu de la ciencia” tienen límites obvios: todos los críticos que aparecen en esta obra son hijos de Occidente. . .

El libro de los Rose merece estudio; además, sería muy conveniente traducirlo a la brevedad. Si pasa inadvertido será señal de que, más allá de las protestas sobre los desmanes de la ciencia moderna y los defectos de su presente organización, hay un pacto silencioso en favor de ella. . . *Joseph Hodara.*

COMERCIO EXTERIOR EN EL SIGLO XIX

Inés Herrera Canales, *El comercio exterior de México, 1821-1875*, El Colegio de México, México, 1977. 193 páginas.

Este libro de la doctora Herrera Canales constituye, por su importancia, nuevo y necesario punto de partida para el estudio del comercio internacional mexicano, durante la mayor parte del siglo XIX: desde la consumación de la independencia del país hasta los umbrales del porfiriato, cuya larga etapa se inicia en 1876.

El período incluido en este estudio presenta reconocidas dificultades, a causa de la escasez de las fuentes más necesarias. En efecto, la autora sólo pudo disponer de unas cuantas balanzas de comercio: las primeras fueron hechas por las aduanas de Veracruz y Alvarado; a partir de 1825 la Secretaría de Hacienda las formuló y se interrumpieron en 1828; en 1849 se consideran dos, correspondientes a las aduanas de La Paz y San José, en Baja California; hay una más de la aduana de Veracruz en 1856; se reiniciaron en 1870 por la Secretaría de Hacienda; a partir de 1877 las hay en forma continuada, pero antes, de 1870 a 1875, hay cinco balanzas, de las cuales dos corresponden a las aduanas del Golfo y del Pacífico; para todo el país son las de 1872 a 1875 (de estas últimas la más completa es la del año fiscal de 1872-1873, que incluye todas las aduanas marítimas y

fronterizas, así como un resumen amplio del comercio de todo el país).

Para mejor advertencia del lector no especializado, resultan útiles las palabras puestas al final de la obra: "Como todos los países latinoamericanos, México se independiza y se incorpora directamente a la economía mundial en el momento en que la producción manufacturera europea, principalmente inglesa, trata por todos los medios de ampliar sus mercados y en que comienza, asimismo, la expansión territorial y económica norteamericana. La embestida internacional y la permanencia de una misma estructura productiva, a lo largo del período que estudia este libro. . ., frenaron toda posibilidad de un desarrollo autónomo; así se conformó el patrón comercial neocolonial mexicano del siglo XIX. La influencia de los factores externos se hace evidente en los tres campos principales que constituyen el objeto de este análisis: los volúmenes de intercambio, la dirección y la composición de los flujos comerciales. Los historiadores apenas se han referido al comercio exterior del México posindependiente y preporfirista. La historia económica de los años 1821-1875 es un tema casi inexplorado. . ."

La obra comprende cinco partes fundamentales, divididas en sendos capítulos: el comercio internacional mundial entre 1821 y 1875; la composición de las importaciones y exportaciones; las relaciones comerciales; las rutas del comercio exterior, y las conclusiones generales, entre las que resalta la determinación del patrón comercial de México entre esos años.

Se completa con el análisis de las fuentes informativas, la bibliografía y los anexos que versan sobre las fuentes y el método. También hay útiles glosarios respecto a las nomenclaturas de ciertos géneros comerciales, las unidades de medida, etc., utilizadas en la época; las disposiciones arancelarias sobre importaciones de textiles. Hay índices de cuadros, gráficas y mapas.

Posiblemente hubiera sido útil un capítulo más, donde se deberían haber expuesto las políticas arancelarias aplicadas en todo ese lapso, de casi medio siglo. Bien es cierto que se las alude en varios sitios del trabajo, pero su utilidad sería más acusada si se las expusiera paralelamente a las condiciones económicas por las que atravesó el país.

Queda clara la definición del patrón comercial de México en materia de comercio exterior, cuyo cambio se va acusando a fines de siglo, según lo notan varios autores, entre ellos Espinosa de los Reyes, en su conocida obra sobre el comercio de México y los Estados Unidos de América por aquella época.

Quizá el lector extrañe la falta de una exposición sobre cómo el comercio exterior, directa o indirectamente, influyó en el desarrollo del país. Asimismo, las consecuencias de la falta de capitales a causa de las sucesivas expulsiones de los españoles, en los primeros años del México independiente.

Sin duda la obra contiene elevado coeficiente de elaboración personal de la autora, ya sea en cuestión de gráficas, series estadísticas y datos numéricos o de otro género. En la escasa bibliografía y documentos disponibles sobre el comercio de México con el extranjero en esta etapa, por primera

vez se establecen relaciones entre hechos relativos a la materia, cuidadosamente analizados y ponderados.

En algunas partes, la bibliografía mencionada padece de heterogeneidad indeseable, en tanto no apoya la autoridad de este trabajo. Por ejemplo, al lado de libros tan importantes como el de Potash, sobre el Banco de Avío, se citan tesis de grado de estudiantes universitarios, que son irrelevantes. Los tomos publicados por el señor Tardiff sobre la *Historia general del comercio exterior mexicano*, no merecen ninguna calificación seria. Baste decir que su autor no entrecomilla las abundantes y largas citas que hace.

En la parte de los anexos la autora explica mejor las condicionantes de su método que éste mismo. Los lectores solemos inclinarnos a las precisiones, aunque el método seguido, por claro, puede considerarse implícito.

Nos parece fructífero el sistema que se empleó, al haber partido de la descripción del comercio mundial como marco de referencia. México y los países de América Latina se liberaron de los grilletes coloniales para recaer inermes ante la invasión agresiva del capitalismo en desarrollo de Europa. Este se encaminará, conjuntamente con el estadounidense, hacia el imperialismo por propia mecánica. Nuestros libertadores percibieron meridianamente la nueva situación y José Martí nos previno de los inconvenientes que resultan de ser clientes de un solo proveedor, o de estar obligado a entregar las materias primas o los productos naturales a una sola metrópoli.

En fin, parte de la cartografía queda por debajo del nivel de esta obra, al haberse reducido excesivamente el tamaño de ciertos mapas. Dentro de la bibliografía invocada habrá que agradecer la mención de títulos de autores de América del Sur, generalmente ignorados en México. Nos parece impropio el uso del término inglés *cocoa* en México, patria del cacao (aztequismo derivado de la palabra meshica: cacahuatl) y del consiguiente chocolate. ¿El toponímico Pensacola (en inglés), corresponderá a nuestro Panzacola? Y que conste: el diccionario UTEHA es de doce tomos, contando dos adicionales, posteriores a la edición única que se ha hecho. *Luis Córdova*.

EL COMERCIO CON LAS FILIPINAS EN LA EPOCA COLONIAL

Pierre Chaunu, *Las Filipinas y el Pacífico de los Ibéricos. Siglos XVI, XVII y XVIII*, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, México, 1976, 341 páginas.

La edición en castellano de esta obra, destacada en su género, consta de dos partes. Desde luego, la que corresponde al título que la designa, que fue publicada originalmente en francés en 1960. Una segunda parte, formada de un atlas y estadísticas, salió a la luz en aquella lengua en 1966. Ambas fueron editadas por la Ecole Pratique des Hautes Etudes, VIe. Section, Centre de Recherches Historiques, París.

Les Philippines et le Pacifique des Ibériques, primera contribución contemporánea al estudio del tráfico comercial en el océano Pacífico de tiempos de la Colonia española,

se publicó en 1960 por el profesor Chaunu, según ya se dijo. Seis años después se complementó esa obra con un atlas, que daba expresión gráfica al tráfico y la navegación. Para comodidad del lector ahora se incluyen en un solo libro.

Como antecedentes de esta obra deberá mencionarse la de Huguette y Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*; publicada también en París de los años de 1955 a 1960. Chaunu mismo dice, en nota expresa, que ésta no puede disociarse de la obra sobre las Filipinas porque el campo de trabajo es semejante: los mismos documentos, enfoques, perspectivas y “desde el principio la misma problemática. Nuestras deudas también son inseparables. Bastará referirse a los prefacios de Sevilla y el Atlántico... nos parece imposible dejar de mencionar nuevamente a dos de los maestros con los cuales estamos particularmente en deuda... Fernand Braudel y... Víctor Lucien Tapié”.

Afirma el autor que el único objeto de su estudio es el pasado europeo de las Filipinas, mediante una nueva documentación estadística. Que tal historia ofrecía el contraste de contar con abundancia de fuentes clásicas y escasez de obras de síntesis, que pusieran al servicio de los historiadores modernos la excepcional riqueza del material acumulado por la paciente labor de los grandes eruditos de principios de siglo, pero con las aportaciones del historiador que, al mismo tiempo, es economista.

Los historiadores clásicos no habían sospechado la existencia de un material histórico subyacente: “el prodigioso trabajo preestadístico” que dejaron como legado los funcionarios de la hacienda pública en aquella lejana colonia. La peculiaridad del caso filipino consiste en que en ninguna otra colonia de los tiempos de la expansión europea, a partir del siglo XVI, las publicaciones de los antiguos aparatos administrativos ha sido tan cuantiosa.

Había un contraste muy marcado entre el trabajo erudito de amontonar ladrillos, podría decirse, y la labor propiamente histórica. Las series contables provenientes de administraciones financieras habían sido utilizadas burdamente, tales cual son, sin tratamiento previo. Conviene, pues, someter a los historiadores la gran fuente histórica que significan las series contables de que se dispone, gracias a la casual conservación de los archivos.

A las series de la Contaduría de las Filipinas habrá que agregar las pertenecientes a las cajas de las provincias americanas del Pacífico, sometidas a igual dominio colonial.

La presentación que nos ocupa no tiene un carácter exhaustivo, explica el autor, sino que responde a algunas cuestiones concretas. De las series contables de Manila y Acapulco tratadas, sólo se consideraron las de mayor importancia, no tanto para la historia particular del archipiélago mismo, sino considerando a las Filipinas en su influjo en todo el mundo. Tras de un primer tratamiento estadístico esta obra se ocupa del núcleo más significativo de la documentación seleccionada.

El océano Pacífico, para el autor y colaboradores, contemplado desde las Filipinas, ha sido siempre un problema de coyuntura. Por ejemplo, es preciso determinar en qué medida la modificación capital del volumen de los ingresos de plata

en Sevilla, provenientes del mundo colonial, es imputable al tráfico competidor del galeón de Manila.

Desde el momento en que las Filipinas entran a la historia occidental, han sido por numerosas razones más colonia del continente americano (Nueva España), que de la metrópoli europea. Por tal motivo, esta relación más estrecha *no* placía a los financieros y negociantes de la península ibérica, que, así, combatían a la Compañía de Filipinas, fueran portugueses o españoles. A partir de entonces se utilizan los archivos de la administración pública para realizar este trabajo.

Habrá que esperar hasta la segunda mitad del siglo XVIII para que Cádiz, nueva sede del monopolio colonial, emprenda la verdadera conquista del archipiélago filipino, por medio de las reformas administrativas impuestas por la Ilustración.

En la primera sección del libro hay una guía y los comentarios técnicos pertinentes, los índices generales de actividad, las fuentes utilizadas y los índices particulares de actividad; todo eso referido a los puertos de Acapulco y Manila.

En la segunda sección se estudia la población de las islas, las entradas y salidas de las cajas de Manila y Acapulco, el régimen impositivo y los situados desde Nueva España.

En la sección tercera se estudia el esquema de una coyuntura del Pacífico, las conclusiones generales y particulares y toda una parte bibliográfica.

La cuarta sección de la obra está constituida por el atlas aludido al principio, que objetivará, no sólo estadísticamente, las conclusiones mencionadas, y que está subdividida como sigue: a] El océano. Las condiciones de la navegación; b] Movimientos en valor y volumen, y c] Bosquejo de coyuntura y conclusión.

El rasgo altamente original de esta obra es el tratamiento de su material histórico, el que había estado subyacente en las historiografías de tipo tradicional que, por otros conceptos, pasaban como muy eruditas, pero que no ahondaban en los problemas.

Para lograr el objetivo concreto de ponderar el comercio filipino en el contexto de todo el comercio colonial de España, del siglo XVI al XVII el material disponible ha recibido un tratamiento estadístico.

Hemos visto en otra obra publicada por el mismo Instituto Mexicano de Comercio Exterior (*Comercio y navegación entre México y Perú en el siglo XVI*, por Woodrow Borah) que el comercio de la Nueva España con el virreinato del Perú no se pierde por mera decadencia, “sino por expansión [afirma este autor], cuando el comercio de artículos chinos hizo perder importancia al intercambio de productos españoles y locales”. El decremento del comercio con Perú, en tal centuria, viene a ser correlativo al aumento de un importante comercio con las Filipinas.

El autor y sus colaboradores han tratado de fijar estadísticamente las coyunturas en el comercio del océano Atlántico y sus relaciones de causalidad, mediata o no, con las coyunturas comerciales en el océano Pacífico. Se llega así a la conclusión más general: “la existencia de esa gran covaria-

ción positiva elemental: Pacífico-Atlántico; tráficos-precios europeos, a un nivel de fases y de interciclos que, de manera irrefutable, unifican una economía mundial”.

El costo de las posesiones españolas en el Pacífico ha sido explicado frecuentemente por los antiguos autores. Pero ninguno lo esclareció a través de las estadísticas. Agrega el autor que toda la ortodoxia mercantilista del imperio se pronunciaba contra las Filipinas, pero que prevaleció el imperativo político y el social.

¿Cuál fue el costo verdadero de las Filipinas? Fue considerable en el siglo XVII, rentable a principios del siglo XVIII y, al final del mismo, otra vez dispendioso.

Corría en la Nueva España el dicho de que la Nao de China llevaba a Filipinas frailes y plata. La cantidad del metal precioso fue tanta, según los adversarios de Manila, que los galeones debieron haberse ido a pique antes de iniciar la travesía. Estos ataques tienen un fondo de verdad, porque el contrabando fue mayor en el Pacífico que en el Atlántico.

El autor y sus colaboradores han podido establecer la proporción de esa plata, con relación a la que salía de América a Europa. Afirman que el Atlántico y el Pacífico, Europa y el Extremo Oriente sólo pueden explicarse, en forma recíproca, dentro del imperio español.

Agregan, en fin, que de todas las conclusiones fácilmente deducibles de los índices de actividad del Pacífico y las Filipinas, la más importante es su conformidad con la coyuntura larga, europea y atlántica. Queda, pues, el ejemplo de una primera economía mundial que va del siglo XVI al XVIII, en los dominios de España. *Luis Córdova*.

PARA COMBATIR AL PATO DONALD

Hugo Niño, *Primitivos relatos contados otra vez. Héroe y mitos amazónicos*, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1978, 153 páginas.

La leyenda y el mito están en todas partes. Situada entre la verdad y la mentira, la leyenda es la historia más remota del hombre y de su morada. Algunos relatos han llegado a formar parte de la herencia espiritual de la humanidad, trascendiendo a sus depositarios originales.

Se acude constantemente a esos mitos en la vida cotidiana; “las dos caras de Jano”, la “caja de Pandora”, el “miedo pánico”, son frases que pertenecen al habla popular, surgidas de la épica griega.

Otros se han perpetuado en el arte: el Moisés de Miguel Ángel en la escultura; La gloria del paraíso, de Tintoretto, en la pintura; la Leyenda del venado y la luna, de Jiménez Mabarak, en la música, o las leyendas de las calles de México, de Artemio del Valle Arizpe, en la literatura.

Algunas leyendas son más extrañas y, tal vez, de procedencia poco conocida, aunque se apliquen sus nombres en la vida diaria. Tal es el caso de la tarantela italiana, baile concebido para salvarse del piquete de la tarántula; o del famoso gato de Cheshire, surgido de los quesos que fabrican

en esa región inglesa, o de los nombres sajones de los días, como el *thursday*, de Tor.

Empero, hay mitos, quizá más ricos en fantasía, que sobreviven gracias a la memoria colectiva prodigiosa de unos cuantos pueblos que los han preservado del olvido total por medio del mensaje transmitido de padres a hijos, por medio del lenguaje, anterior a la palabra escrita.

Numerosas leyendas de América se encuentran en ese caso. Este libro, que mereció el Premio Casa de las Américas 1976 como obra para niños y jóvenes, contiene los relatos rescatados por el investigador colombiano Hugo Niño. Consagrado al estudio del arte y la cultura indígenas, el autor se dedicó a escuchar de labios de los ancianos indios las leyendas de la enorme región del Amazonas.

Le narraron la epopeya de los indios witotos y tikunas que viven en una amplia zona de la cuenca alta de ese vastísimo río, en donde desde el nombre se evoca a la leyenda. Se cuenta que en 1540 Francisco de Orellana, quien participó en la conquista de Perú, llegó a ver a las guerreras corriendo por las riberas de ese río y por eso le llamó Amazonas.

El río extiende sus múltiples brazos para derramarse entre las tierras en donde viven hoy cerca de 20 000 personas que integran la comunidad de los witotos y los tikunas. En la cosmogonía de estos pueblos se percibe, a veces, un eco de las leyendas del viejo mundo. Al igual que en la Biblia, se narra la creación. Uno de los mitos se refiere a Yuche, quien vive solitario, desde siempre, en un sitio edénico. Cuando ya es muy anciano nacen de su rodilla el hombre y la mujer. Estos se reproducen y su prole se dispersa por el mundo. Nadie conoce ese sitio paradisíaco, pero todos los tikunas esperan llegar allí algún día.

Otro relato nos habla de Raku-Runa, el gran delfín, espanto de las aguas, encarnación del castigo bíblico. Transformado en una bella mujer ahoga a los pescadores que se le acercan.

Hay un malvado, Chuya-Chaki, que mora en la selva (es como el nagual de los aztecas o el coco que esgrimen algunas madres para atemorizar a los niños) y hace que los hombres se pierdan en la espesura.

Los tikunas forman una misma nación que comparten Perú, Colombia y Brasil. En las riberas de las aguas cercanas a este último país tiene lugar la iniciación de los novios que narra otra leyenda. La pareja tendrá que demostrar que merece formar parte de la tribu: el joven verá su cuerpo cubierto de hormigas feroces, pero la prueba de la muchacha es más rigurosa, puesto que de su vientre sagrado depende que fructifique la tierra, que los hombres obtengan caza abundante y que las aguas sean pródigas en peces.

Después, el Génesis de los Witotos. Jutiñamüi, dios naciente de la nación witoto y de toda la humanidad, formó la superficie de la tierra, creó a los árboles y a los animales. Estos no le gustaron y se dedicó a componerlos, pero como no lo hizo con todos, algunos conservan pelo y otros plumas. Cuando crea a los primeros padres los animales sintieron

envidia. Por eso se esconden durante el día y aparecen de noche, cuando nadie los ve.

Los hombres se dispersaron por la selva. El nombre de las tribus corresponde al del árbol o al de la pluma que eligieron como vasija para comer el alimento mágico. Así, cada tribu se convirtió en guardiana de su hoja o de su pluma.

Se narra también la historia de los yaguas, hijos del agua, que aprendieron los secretos de la naturaleza. Cazaban dantas, tortugas, saínos, tigres, monos, toda clase de aves, con cerbatanas armadas de dardos envenenados con barbasco o curare. "Por permanecer en el lugar, por no desintegrarse, les fueron concedidas todas las virtudes, todos los poderes: los de la sabiduría, los de la bondad, la habilidad y el don de no morir jamás".

En este mundo de mitos y milagros el espacio era vasto como la selva. La libertad del clan era tan amplia como el río que le pertenecía.

El individuo sentía interés por la comunidad, le importaba el otro. Cuando Chuya-Chaki, el malvado, extravía en la selva a Awanari, éste se siente triste al pensar en los demás "y éstos se sentían tristes porque sabían que Awanari pensaba 'ojalá que a los otros no les haya pasado lo mismo'".

Oculto, el etnólogo enseña y divierte al mostrar cómo vivían esos grupos humanos. En estas culturas el arte forma parte de la vida cotidiana. Para construir el maguaré, el instrumento musical, participaba toda la tribu. Cortaban una pareja de árboles, uno grande y uno pequeño. "Con este grande haremos la hembra y lo tallaremos para que su voz sea gruesa; con este pequeño, haremos el macho y lo tallaremos para que su voz sea fina". Hasta en la música se encuentra la pareja, "porque en este reino de la selva cada palo, cada árbol hace su pareja; hay un macho, hay una hembra y procrean asimismo como los animales, como nosotros".

En la selva cultivaban maíz, yuca, papa, cacao, frijol, cacahuate, girasol, quina, tomate, piña, mate, y poseían un algodón distinto al de los europeos. Fumaban tabaco, conocían las propiedades de la coca, de la ipecacuana, del curare, sabían emplear el látex y el caucho de los árboles.

Los yorias fueron los primeros en buscar el río. "Fichido Jichima nació de un huevo de picaflor". Ayudó a encontrar la Yoria, ortiga maravillosa que calma los dolores. A la sombra de esta planta se establecieron los yorias. "Pero eso fue hace tanto tiempo... ya no es más que un recuerdo, como sueño; vino el blanco y arrasó con todo; y a nosotros nos dejaron en el ser que estamos, que no somos nosotros ni somos ellos". Con estas dramáticas palabras termina el anciano cantor la historia de los yorias.

En la actualidad la vida de esas tribus, por su aislamiento y autarquía, es semejante a la de los lacandones hasta hace relativamente poco tiempo.

Esas grandes culturas, desde luego, superan con mucho a lo que pueda representar un mito o una leyenda. Sin embargo, si se intentara revivir los relatos ancestrales tal vez se podría devolver a la niñez de casi toda América Latina

parte de los valores que constantemente le están siendo negados.

En el prólogo a la *Visión de los vencidos* (UNAM, México, 1959), Miguel León Portilla, al referirse a la riqueza de la información y a la manera como la presentan los indígenas en sus relaciones, escribe: "Piénsese por ejemplo en estudios tales como el de la 'invención indígena de los conquistadores', que podría mostrar los diversos esfuerzos realizados por los indios para comprender quiénes eran esos hombres desconocidos, venidos de más allá de las aguas inmensas".

Con su prosa valiente ya lo escribía Martí en *El Partido Liberal* (30 de enero de 1891), durante su último viaje a México: "La historia de América de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de la Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de remplazar a los políticos exóticos. Inyéctese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas".

Esos valores, desconocidos en nuestros medios de difusión, los intentó prodigar Martí en Nueva York, al publicar en 1889 el periódico semanal para niños *La edad de oro*. Al comentarlo, Gutiérrez Nájera escribía: "se ha hecho niño... un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños" (*Martí en México*, p. 214). Casi un siglo después, el país elegido por el apóstol de Cuba para depositar su mensaje lo devuelve a América Latina deformado, tergiversado, adulterado, en forma de tiras cómicas, de avasallante "cultura Pato Donald". ¿Por qué entre nosotros parecen desdeñarse las palabras martianas? "Hay un México: inspire México a los claros ingenios mexicanos. Hay historia que llorar, heroísmo que recordar, dolores que compadecer" (*Ibid.*, p. 183).

En contra de quienes se niegan a volver el rostro, atraídos por otras culturas, escribió también en *El Partido Liberal*: "La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio se paralizó América, y hasta que no se haga andar al indio no comenzará a andar bien la América?".

Las leyendas, transmitidas de generación en generación, forman parte de las tradiciones orales; así nos lo dicen las volutas que en los códices indios representan a la palabra. Las crónicas del *Popol Vuh*, las narraciones que integran las crónicas de nuestros antepasados, son campos en buena parte inexplorados aún, con cuya riqueza podría cultivarse la mente de los niños. Con ello, quizá sería más fácil rescatarlos de los modelos de aculturación híbridos, pobres e importados que nos rodean.

Para concluir, queremos señalar que el texto no es el único acierto en este libro. Basados en fotografías, los espléndidos dibujos de Umberto Peña incitan a los jóvenes lectores a colorearlos. Se les muestra parcialmente la riqueza de tonalidades que pueden contener el agua, los plumajes de las aves, la piel de los animales, las plantas y las figuras humanas, pero se les deja la tarea de ilustrarlos.

Con estas historias, Hugo Niño nos da una lección y nos abre un camino. ¿Por qué no seguirlo? *Graciela Phillips*.

obras recibidas

Miguel Acosta Saignes

Acción y utopía del hombre de las dificultades, Premio Extraordinario Bolívar en Nuestra América, Premio Casa de las Américas 1977, Ensayo, La Habana, 1977, 521 páginas.

Sergio Bitar

Corporaciones multinacionales y autonomía nacional, Monte Avila Editores, Caracas, 1977, 145 páginas.

Angelo Broccoli

Antonio Gramsci y la educación como hegemonía, trad. del italiano: Fernando Mateo, Editorial Nueva Imagen, México, 1977, 319 páginas.

Jorge Castañeda y Enrique Hett

El economismo dependientista, Siglo XXI Editores, México, 1978, 191 páginas.

Theotonio Dos Santos

Imperialismo y dependencia, Ediciones Era, México, 1978, 491 páginas.

International Trade Centre UNCTAD/GATT

Major Markets for Honey: Openings for Quality Supplies from Developing Countries, Ginebra, 1977, XIV + 120 páginas.

Celso Furtado

Prefacio a una nueva economía política, trad. del portugués: Stella Mastrangelo, Siglo XXI Editores, México, 1978, 197 páginas.

Ambrosio González Cortés

El ganado caprino en México. Distribución, utilización e importancia económica, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, A.C., México, 1977, 177 páginas.

Iván Illich y otros

Un mundo sin escuelas, trad. del inglés: Marco Antonio Pulido, Editorial Nueva Imagen, México, 1977, 206 páginas.

Béla Kádár

Cooperación regional en América Latina, col. Studies on Developing Countries, núm. 84, Institute for World Economics of the Hungarian Academy of Sciences, Budapest, 1976, 48 páginas.

Eduardo Lizano

Cooperación monetaria e integración económica en el Mercado Común Centroamericano, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México, 1978, 235 páginas.

César Augusto López Arias

Empresas multinacionales, Ediciones Universidades Simón Bolívar, Libre de Pereira y Medellín, Bogotá, 1977, 195 páginas.

Rosa Luxemburgo

Obras escogidas; t. 1: *Escritos políticos I*, comp. y selec. de Bolívar Echeverría, Ediciones Era, México, 1978, 498 páginas.

Jorge Padua

Paquete estadístico para las ciencias sociales (SPSS): oferta y condiciones para su utilización e interpretaciones de resultados, cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos, núm. 12, El Colegio de México, México, 1978, 104 páginas.

Isidro Parra-Peña

Escrutinio de los asentamientos humanos, Ediciones Universidades Simón Bolívar, Libre de Pereira y Medellín, Bogotá, 1977, 87 páginas.

Petróleos Mexicanos

Memoria de labores 1977, México, 1978, 189 páginas y 5 mapas.

Francisco Pividal

Bolívar: pensamiento precursor del antimperialismo, Premio Extraordinario Bolívar en Nuestra América, Premio Casa de las Américas 1977, Ensayo, La Habana, 1977, 245 páginas.

Ramón Eduardo Ruiz

La Revolución mexicana y el movimiento obrero, 1911-1923, trad. del inglés: Roberto Gómez Ciriza, Ediciones Era, México, 1978, 155 páginas.

Philip Russell

Mexico in transition, Colorado River Press, Austin, 1977, 177 páginas.

Alain Touraine

Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina, trad. del francés: Tununa Mercado, Siglo XXI Editores, México, 1978, 238 páginas.

Lourdes Urdaneta

Distribución del ingreso. Análisis del caso venezolano, Banco Central de Venezuela, Caracas, XVI + 382 páginas.

Varios autores

Los libros de texto en América Latina, Editorial Nueva Imagen, México, 1977, 183 páginas.

América Latina: conciencia y nación. Un nuevo enfoque sobre su tiempo y perspectiva, Equinoccio, Editorial de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1977, 305 páginas.

¿Crisis de la democracia? Conferencias de derecho público, 1974, Ediciones Revista de Derecho Público, Universidad de Chile, Santiago, 1975, 236 páginas. □